

## XV

Luisa de Chaulieu á la señora de la Estorade

*Marzo.*

¡Ah! ángel mío, ¿conque el matrimonio le hace á una filosofar?... Tu hermosa cara debía estar amarilla cuando me escribías estos terribles pensamientos sobre la vida humana y sobre nuestros deberes. ¿Crees, pues, que me vas á convertir al matrimonio con ese programa de trabajos subterráneos? ¡Ay de mí! ¿De modo que te han llevado ahí nuestros sueños excesivamente juiciosos? Salimos de Blois adornadas con toda nuestra inocencia y armadas con las agudas puntas de la reflexión y los dardos de esta experiencia puramente moral de las cosas se han vuelto contra tí! Si yo no supiese que eres la criatura más pura y más angelical del mundo, diría que tus cálculos huelen á depravación. ¡Cómo! querida mía, en interés de tu vida campestre ¿ordenas los placeres y tratas el amor como si fuese un producto material cualquiera? ¡Oh! prefiero perecer víctima de la violencia de los torbellinos de mi corazón que vivir con la sequedad de tu sabia aritmética. Tú eras, como yo, la joven más instruída, porque habíamos reflexionado mucho sobre pocas cosas; pero hija mía, la filosofía sobre el amor, ó bajo un falso amor, es la más horrible de las hipocresías conyugales. Yo no sé si, de vez en cuando, el mayor imbécil de la tierra no percibiría al buho de la sabiduría agazapado entre las rosas, siendo ese un descubrimiento tan poco agradable, que creo yo que había de bastar para extinguir la pasión más ardorosa. Tú te marcas el destino en lugar de ser su juguete. Ambas opinamos de un modo muy diferente; tu régimen es mucha filosofía y poco amor, y el mío mucho amor y poca filosofía. La *Julia* de Juan Jacobo Rousseau, á quien yo creía un profesor, no es más que un estudiante á tu lado. ¡Virtud de mujer! ¿has sondado bien la vida? ¡Ay de mí! me burlo de tí, cuando acaso tienes razón. Tú has inmolado tu juventud en un día y te has hecho avara antes de tiempo. Tu Luis será sin duda feliz. Si te ama, cosa que yo no dudo, no se apercebirá nunca de que tú obras en interés de tu familia,

como las cortesanas obran en interés de su fortuna, y éstas, á creer las disipaciones de que son objeto, no hay duda que hacen á los hombres felices. Un marido despejado, sin duda se apasionaría por tí; pero ¿no acabaría por creerse dispensado de sentir agradecimiento por una mujer que hace de la falsedad una especie de corsé moral tan necesario para su vida como lo es el otro para su cuerpo? Querida mía, el amor es, á mi modo de ver, el principio de todas las virtudes, en consonancia con una imagen de la divinidad. El amor, como todos los principios, no se calcula, es el infinito de nuestra alma. ¿No has querido tú misma justificarte de la espantosa posición de una joven casada con un hombre á quien no puede querer? El deber es tu regla y tu medida; pero obrar por necesidad ¿no es la moral de una sociedad de ateos? Obrar por amor y por sentimiento ¿no es la ley secreta de las mujeres? Tú te has hecho hombre y tu Luis se va á volver mujer. ¡Oh, querida! tu carta me ha sugerido infinidad de meditaciones. He visto que el convento para las jóvenes no puede reemplazar nunca á la madre. Noble ángel mío de ojos negros, tan puro y tan altivo, tan grave y tan elegante, yo te suplico que pienses en los primeros gritos que me ha arrancado tu carta. Me he consolado pensando que, en el momento en que me lamentaba, el amor destruíó las torturas de la razón. Sin duda obraré peor sin razonar y sin calcular, pues entiendo que la pasión es un elemento que debe tener una lógica tan cruel como la tuya.

*Lunes.*

Ayer por la noche, antes de acostarme, me puse á la ventana para contemplar el cielo, que gozaba de una sublime pureza. Las estrellas parecían clavos de plata que sostenían un velo azul. En medio del silencio de la noche pude oír una respiración, y, á través de la semi claridad de las estrellas, vi á mi español encaramado, como si fuese una ardilla, á una rama de uno de los árboles del bulevar, desde donde estaba contemplando mis ventanas. Este descubrimiento me llenó en un principio de espanto, obligándome á retirarme; pero, en medio de esta sensación de miedo, experimenté una deliciosa alegría. Estaba abatida, y sin embargo me consideraba feliz. Ninguno de esos graciosos franceses que quieren casarse conmigo ha tenido la ocurrencia de venir á pasar las noches sobre un olmo, arriesgándose á ser detenido por los guardias. Es probable

que mi español haga esto mismo hace ya tiempo. ¡Ah! ya no me da lecciones y quiere recibir alguna; pues bien, la tendrá. ¡Si supiese lo que yo me he dicho sobre su fealdad aparente! Renato, yo también he filosofado, y pienso que hay algo de horrible en amar á un hombre guapo. ¿No equivale esto á confesar que los sentidos son las tres cuartas partes del amor, que debe ser divino? Repuesta de mi primer temor, tendí el cuello fuera de la ventana para volver á verle. Y que bien se aprovechó él de esto; por medio de una cañita, me arrojó soplando una carta artísticamente arrollada en torno de una bolita de plomo.

—¡Dios mío! ¡va á creer que he dejado expresamente la ventana abierta!—me dije—y ahora cerrarla sería tanto como darme por aludida.

Entonces se me ocurrió una idea mejor: volví á la ventana como si no hubiera oído el ruido que hizo su carta y como si nada hubiese visto, y dije en voz alta:

—¡Griffith! venga usted á contemplar las estrellas.

Griffith dormía como una solterona. Al oirme, el moro bajó del árbol con la rapidez de una sombra. Lo mismo que yo, debió sentir un miedo terrible, y, como no le vi marcharse, supuse que se había quedado al pie del olmo. Después de un cuarto de hora largo, durante el cual contemplé el azul del cielo y nadé por el océano de la curiosidad, cerré mi ventana y me metí en la cama para desenrollar el papel con el mismo cuidado que emplean los que trabajan en Nápoles los volúmenes antiguos. Mis dedos parecían tocar fuego.

—¡Qué horrible poder ejerce este hombre sobre mí!—me dije.

Inmediatamente, acerqué el papel á la luz para quemarlo sin leerlo. Un pensamiento retuvo mi mano.

—¿Qué me escribirá para hacerlo en secreto?—me pregunté de nuevo.

Después, considerando que todas las demás hijas de la tierra hubiesen devorado la carta, pensé que yo, Armanda Luisa María de Chaulieu no debía leerla, y la quemé.

Al día siguiente, en los Italianos, estaba en su puesto; pero, por más que haya sido ministro constitucional, no creo que mi actitud le haya revelado la menor agitación de mi alma: permanecí enteramente lo mismo que si no hubiese recibido nada la víspera. Yo estaba contenta de mí, pero él estaba muy triste. ¡Pobre hombre! en España, ¡es tan natural que el amor

entre por la ventana! Durante el entreacto, estubo paseándose por los pasillos. El primer secretario de la embajada de España me dijo esto, contándome al mismo tiempo una acción sublime suya. Siendo duque de Soria, tenía que casarse con una de las herederas más ricas de España, con la joven princesa María Heredia, cuya fortuna hubiese contribuido á disminuir las amarguras de su destierro; pero parece que, contrariando los deseos de sus padres, que los habían desposado siendo aun niños, María amaba al menor de Soria, y mi Felipe renunció á la tal princesa, dejándose despojar por el rey de España.

—Esta gran cosa debió hacerla con gran sencillez—dije al joven.

—¿Lo conoce usted acaso?—me preguntó con naturalidad. Mi madre se sonrió.

—Y ¿qué va á ser de él estando condenado á muerte?—le pregunté.

—Si ha muerto en España tiene derecho á vivir en Cerdeña.

—¡Ah! ¿hay también tumbas en España?—dije para fingir que lo oía todo con indiferencia.

—En España hay de todo, hasta españoles del tiempo viejo—me respondió mi madre.

—No sin trabajo, concedió el rey de Cerdeña al barón de Macumer un pasaporte—continuó el joven diplomático;—pero al fin es ya ciudadano sardo y posee en Cerdeña magníficos feudos, con derecho de alta y baja justicia. Posee un palacio en Sassari. Si Fernando VII muriese, Macumer entraría seguramente en la diplomacia, y la corte de Turín le tendría como embajador. Aunque joven, es.....

—¡Ah! ¿es joven?

—Sí, señorita, y aunque joven, repito, es uno de los hombres más distinguidos de España.

Al mismo tiempo que escuchaba al secretario y que fingía prestarle mediana atención, dirigía mis anteojos hacia el anfiteatro. Aquí, entre nosotras, te diré que en aquel momento estaba desesperada por haber quemado la carta. ¿Cómo se expresa semejante hombre cuando ama? porque este hombre me ama. ¡Ser querida, adorada en secreto, tener en esta sala, donde se reúnen las superioridades de París, un hombre para sí sola sin que nadie lo sepa! ¡Oh! Renato, entonces comprendí la vida parisiense, sus bailes y sus fiestas. Todo tomó á mis ojos su

verdadero color. Cuando se ama, se necesita á los demás, aunque sólo sea para sacrificarlos á aquél á quien se ama. Sentí en mí ser otro ser feliz. Todas mis vanidades, mi amor propio y mi orgullo estaban halagados. Dios sabe la mirada que entonces dirigi al mundo.

—¡Ah! ¡tunantuela!—me dijo sonriendo al oído la duquesa.

Sí, mi muy astuta madre adivinó cierta secreta alegría en mi actitud, y yo me rendí ante esta sabia mujer. Estas dos palabras me enseñaron la ciencia del mundo, ciencia que yo no había podido comprender en un año, pues ya estamos en marzo. ¡Ay de mí! hasta dentro de un mes no habrá ya función en los Italianos. ¿Qué hacer sin esa adorable música cuando se tiene el corazón lleno de amor?

Querida mía, al volver, con una resolución digna de una Chaulieu, abrí la ventana para admirar un chubasco. ¡Oh! si los hombres supiesen la poderosa seducción que ejercen sobre nosotras los actos heroicos, serían todos grandes, y los más cobardes se convertirían en héroes. Lo que yo había sabido de mi español me ponía orgullosa. Tenía la seguridad de que estaba allí, dispuesto á arrojarme una nueva carta, la cual no quemé, sino que la leí. He aquí, pues, señora razonadora, la primera carta de amor que he recibido. Ahora me toca á mí.

«Luisa: No la amo á usted por su sublime belleza; no la amo á usted por su talento, ni por la nobleza de sus sentimientos, ni por la gracia infinita que comunica á todas las cosas, ni por su altivez, ni por su real desdén por todo lo que no es de su esfera, lo cual no excluye en usted su bondad, porque posee la caridad de los ángeles; Luisa, la amo á usted porque ha sabido desprenderse de todas esas altivas grandezas para un pobre desterrado; porque, con un gesto ó con una mirada, ha logrado consolar á un hombre que estaba tan por debajo de usted, que sólo tenía derecho á su piedad, pero á su piedad generosa. Usted es la única mujer del mundo que me ha mirado sin rigor; y como usted dejó caer sobre mí esa bienhechora mirada cuando yo no era más que un grano sumido en el polvo, lo cual no había obtenido nunca cuando tenía todo el poder que un súbdito puede tener en la tierra, quiero hacerle saber, Luisa, que la amo á usted por usted misma y sin ninguna mira interesada, superando en mucho á las condiciones que usted requiere para que mi amor sea perfecto. Sepa usted, pues, ídolo colocado por mí en el más elevado de

los cielos, que hay en el mundo un retoño de la raza sarracena cuya vida le pertenece, á quien puede usted pedirlo todo como si fuese un esclavo, y el cual se honrará siempre ejecutando sus órdenes. Me he entregado á usted sin rodeos, y por el único placer de entregarme, por una sola de sus miradas, por esa mano tendida un día á su profesor de español. Luisa, en mí tiene usted un servidor, y nada más que un servidor. No, no me atrevo á pensar que pueda llegar un día en que sea amado; pero acaso sea soportado, aunque sólo sea á causa de mi adhesión. Desde aquella mañana en que me sonrió usted cual joven noble que adivinaba la miseria de mi corazón solitario y vendido, le levanté á usted un trono: usted es la soberana absoluta de mi vida, la reina de mis pensamientos, la divinidad de mi corazón, la luz que brilla en mí, la flor de las flores, el bálsamo del aire que respiro, la riqueza de mi sangre, la gloria con que sueño. Una sola idea turbaba esta dicha, y era la de que usted ignoraba que tenía un servidor incondicional, un brazo fiel, un esclavo ciego, un agente mudo, un tesoro, porque yo ya no soy más que el depositario de todo lo que poseo; finalmente, usted no sabía que existe un corazón á quien puede usted confiárselo todo, el corazón de una abuela á quien puede usted pedirlo todo, de un padre á quien puede usted exigir protección, de un amigo, de un hermano. En torno de usted existe el vacío de todos estos sentimientos, yo lo sé. Yo he sorprendido el secreto de su aislamiento. Mi atrevimiento proviene del deseo de revelar á usted toda la extensión de sus posesiones. Acéptelo usted todo, Luisa, y me habrá usted proporcionado la única dicha que puede haber para mí en el mundo: la de ser su esclavo. Colocándome el collar del siervo, no se expone usted á nada: yo no pediré nunca otra cosa y me contentaré con el placer de saber que soy suyo. No me diga usted tampoco que no me amará nunca, porque eso ya sé que tiene que suceder, ya sé que tengo que amarla á usted de lejos y sin esperanza. Quisiera únicamente saber si me acepta usted por servidor, y me he devanado los sesos á fin de encontrar una prueba que pueda darle á usted la seguridad de que en nada sufrirá su dignidad comunicándome, porque hace ya muchos días que soy de usted, sin que usted lo sepa. Me contestará usted, teniendo en la mano una noche en los Italianos un ramo compuesto de una camelia blanca y de una roja, símbolo de que toda la sangre de un hombre está á las órdenes de un candor adorado. Entonces, excuso repe-

tírselo: á todas horas, lo mismo dentro de diez años que mañana, todo cuanto sea posible que un hombre haga lo hará, tan pronto como usted se lo pida á su feliz servidor

»FELIPE HENAREZ.»

*P. D.*—Querida mía, confiesa que los grandes señores saben amar. ¡Qué salto de león africano! ¡qué ardor contenido! ¡qué fe! ¡qué serenidad! ¡qué grandeza de alma en medio de su humildad! Me sentí pequeña y me pregunté toda aturrida: «¿Qué hacer?» Es propio de los grandes hombres el no seguir los caminos ordinarios. Felipe es sublime y enternecedor, delicado y gigantesco. Una sola carta suya es superior á las cien cartas de Lovelace y Saint-Preux. ¡Oh! he ahí el amor verdadero, sin farsas: ó es ó no es; pero, cuando es, debe manifestarse en toda su inmensidad. Heme ya desprovista de todas las coqueterías. ¡Rehusar ó aceptar! Estoy en esa alternativa, sin que ningún pretexto pueda apoyar mi irresolución. Toda discusión queda suprimida. Ya no se trata de un parisiense, se trata de un español, de un oriental. El abencerraje es el que habla y se arrodilla ante la Eva católica, ofreciéndole su cimientarra, su caballo y su cabeza. ¿Debo aceptar á ese resto de moro? Renato mía, lee muchas veces esta carta hispano-sarracena, y ya verás como el amor arrolla todas las estipulaciones judaicas de tu filosofía. Mira, Renato, tengo tu carta grabada en mi corazón, y creo que me han envilecido. ¿Necesito acaso mostrarme esquiva? ¿No soy eternamente dueña de ese león que cambia sus rugidos en humildes y deliciosos suspiros? ¡Oh! ¡cuánto no ha debido avergonzarse en su guarida de la calle Hillerín-Bertín! Ya se donde vive, tengo su tarjeta: F., BARÓN DE MACUMER. Me ha hecho imposible toda respuesta y no me queda más remedio que contestarle con dos camelias. ¡Qué ciencia infernal posee el amor puro, verdadero, sencillo! He aquí lo que hay de más grande para el corazón de una mujer, y he aquí reducido á una acción sencilla y fácil. ¡Oh, el Asia! He leído las *Mil y una Noches* y ese es su espíritu: dos flores, y todo está dicho. Con un ramillete franqueamos los catorce volúmenes de *Clarisa Harlowe*. Ante esta carta, me retuerzo como una cuerda puesta al fuego. ¿Tomo ó no las dos camelias? ¿Sí ó no? ¿Quito ó doy la vida? En fin, una voz interior me grita: «¡Pruébalo!» Así es que lo probaré.

## XVI

La misma á la misma

Marzo.

Estoy vestida de blanco; tengo dos camelias blancas en los cabellos y una del mismo color en la mano; mi madre las lleva encarnadas: si quiero, puedo coger una. Hay en mí no sé qué deseo de venderle la camelia roja por un poco de duda, y de no decidirme hasta que esté sobre el terreno. ¡Qué hermosa estoy! Griffith me ha rogado que la dejase contemplarme un momento. La solemnidad de esta noche y el drama de este secreto consentimiento me han dado color: cada una de mis mejillas es una camelia encarnada, cuyo fondo es una camelia blanca.

A la una de la mañana.

Todos me han admirado, uno solo ha sabido adorarme. Al ver que llevaba una camelia blanca en la mano bajó la cabeza, y le vi ponerse pálido como la flor, cuando le pedí una encarnada á mi madre. Llegar con las dos flores podía ser efecto de la casualidad; mientras que ejecutando esta acción le daba una respuesta. Mi confesión ha sido, pues, palpable. Se representaba *Romeo y Julieta*, y, como tú no sabes lo que es el dúo de los dos amantes, no puedes comprender la dicha que experimentan dos neófitos de amor escuchando esta divina expresión de ternura. Me acosté oyendo pasos en el sonoro terreno del bulevar. ¡Oh! ahora, ángel mío, siento el fuego en mi corazón y en mi cabeza. ¿Qué hace? ¿en qué piensa? ¿Tiene algún pensamiento que no sea para mí? ¿Es, como decía, un esclavo siempre dispuesto á servirme? ¿Cómo asegurarme de ello? Me he entregado á todas las minuciosas argucias de las mujeres de Ciro y de Astrea, y á todas las sutilezas de las cartas de amor. ¿Sabe él acaso que en amor las más insignificantes acciones de las mujeres son el final de un mundo de reflexiones, de combates interiores y de victorias perdidas? ¿En qué piensa él en este momento? ¿Cómo ordenarle que me es-

criba todas las noches detalladamente lo que ha hecho durante el día? Ya que es mi esclavo, le ocuparé en algo y voy á aplastarle con el trabajo.

*Domingo por la mañana.*

No he dormido más que un poco al amanecer; son las doce, y acabo de ordenar á Griffith que escriba la siguiente carta:

*«Al señor barón de Macumer.*

»Señor barón: La señorita de Chaulieu me encarga que pida á usted la copia de una carta que le escribió una amiga suya, la cual copia está escrita de su puño y letra, y que usted se llevó.

»Reciba usted, etc.

»GRIFFITH.»

Querida mía, Griffith ha salido, ha ido á la calle de Hillerín-Bertín, ha mandado que entregasen la carta á mi esclavo y éste me ha devuelto mi copia bajo sobre y empapada en lágrimas. Ha obedecido. ¡Oh querida mía! cuánto debí sentirlo. Otro cualquiera se hubiera negado á ello escribiéndome una carta llena de promesas y de halagos, pero el sarraceno ha sido lo que había prometido ser: ha obedecido. Estoy llorando de emoción.

## XVII

La misma á la misma

*a de abril.*

Ayer hacía un tiempo admirable y me vestí como joven que es amada y que desea agradar. A instancias mías, mi padre me dió el coche más bonito que puede verse en París: dos caballos grises y una calesa de última moda. Parecía una flor bajo mi sombrilla forrada de seda blanca. Cuando subíamos por la avenida de los Campos Eliseos, vi llegar á mi abencerraje montado en un caballo de admirable hermosura. Los hombres, que son ahora casi todos verdaderos chalanes, se detenían para verle y examinarle. Me saludó, y yo le con-

testé con un ademán cariñoso; moderó el paso de su caballo y pude decirle:

—Señor barón, no tome usted á mal que le haya pedido mi carta, pues ya le es inútil. Usted ha superado mi programa —añadí en voz baja.—Lleva usted un caballo que llama la atención.

—Mi administrador de Cerdeña me lo envió por orgullo, porque este caballo de raza árabe ha nacido en mis posesiones.

Esta mañana, querida mía, Henarez llevaba un caballo inglés alazán, muy hermoso también, pero que ya no llamaba la atención: las pocas palabras burlonas que yo le dirigí bastaron. Me saludó, y le respondí con una ligera inclinación de cabeza. El duque de Angulema ha comprado el caballo de Macumer. Mi esclavo ha comprendido que abandonaba la sencillez que yo exigí llamando la atención de los pazguatos. El hombre debe hacerse notar por sí mismo, y no por su caballo y por sus cosas. Tener un caballo demasiado hermoso me parece tan ridículo como llevar un diamante muy gordo en la pechera. Me ha alegrado mucho poderle coger en falta, pues sin duda había en todo ello algo de amor propio, que, por otra parte, puede permitírsele un pobre proscrito. Esta puerilidad me complace. ¡Oh! mi vieja razonadora, ¿gozas tú tanto con mis amores, como yo me he entristecido con tu sombrío filosofar? Mi querido Felipe II con faldas, ¿te paseas en mi calesa? ¿Ves aquellos ojos aterciopelados y humildes, al par que orgullosos de mi servidor, de aquel hombre verdaderamente grande que lleva mi librea, y que ostenta siempre en el ojal una camelia encarnada, mientras que yo llevo siempre una blanca en la mano? ¡Qué claridad comunica á las cosas el amor! ¡Cómo comprendo ahora París! En este momento, todo me parece aquí agradable. Sí, el amor es aquí más bonito, más grande y más encantador que en ninguna otra parte. Reconozco ahora que es indudable que yo nunca hubiera podido atormentar ni inquietar á un necio, ni tener el menor imperio sobre él. Los hombres superiores son los únicos que nos comprenden bien y los únicos también sobre los cuales podemos ejercer alguna influencia. ¡Oh! pobre amiga mía, perdón, olvidaba á nuestro Estorade; pero ¿no me has dicho que íbas á hacer de él un genio? ¡Oh! ya adivino cómo. Lo estás educando para que llegue un día en que pueda comprenderte. Adiós, estoy un poco loca y no quiero proseguir.

## XVIII

## La señora de la Estorade á Luisa de Chaulieu

Abril.

Ángel querido; pero ¿no sería mejor que te llamara demonio? Sin querer, me has afligido; y si no fuéramos una misma alma, te diría que me has herido; pero ¿no puede herirse también uno á sí mismo? ¡Cómo se conoce que no te has detenido á reflexionar bien sobre la palabra *indisoluble*, aplicada al contrato que une á una mujer con un hombre. No quiero contradecir á los filósofos y á los legisladores, pues ellos solos bastan para contradecirse; pero, haciendo el matrimonio irrevocable é imponiendo una forma igual é implacable para todos, han hecho que cada unión difiera completamente de todas las demás y que sea tan diferente de ellos como lo son los individuos entre sí. Cada una de ellas tiene sus leyes interiores diferentes: las leyes que rigen á un matrimonio en el campo, donde dos seres están sin cesar juntos, no son las mismas que rigen á un matrimonio de una ciudad, donde la vida está más llena de distracciones; del mismo modo que las de un matrimonio de París, donde la vida pasa como un torrente, no son iguales á las de un matrimonio de provincia, donde la vida es menos agitada. Si las condiciones varían según los lugares, varían mucho más según los caracteres. La mujer de un hombre de genio no tiene más remedio que dejarse llevar, mientras que la mujer de un necio, no pena de las mayores desgracias, debe tomar las riendas de la máquina si se cree con capacidad para ello. Después de todo, es posible que la reflexión y la razón lleguen á lo que se llama depravación. Para nosotras ¿no es la depravación el cálculo en los sentimientos? Una pasión que razona es depravada; sólo es bella siendo involuntaria y dejándose llevar de esos sublimes impulsos que excluyen todo egoísmo. Ah! tarde ó temprano te dirás, querida mía: «Sí, la falsedad es tan necesaria para la mujer como su corsé, si se entiende por falsedad el silencio de la que tiene el valor de callarse, ó si se toma también por falsedad el cálculo necesario para el porvenir.» Toda mu-

jer casada aprende á expensas suyas las leyes sociales, que son incompatibles en muchos puntos con las de la naturaleza. Casándose á la edad en que nos casamos nosotras, se puede tener en el matrimonio una docena de hijos; y, si los tuviésemos, cometeríamos doce crímenes, haríamos doce desgraciados. ¿No entregaríamos á la miseria y á la desesperación á seres encantadores? Sí; mientras que dos hijos son dos felicidades, dos beneficios, dos creaciones en armonía con las costumbres y las leyes actuales. La ley natural y el código son enemigos, y nosotras somos el terreno sobre el cual luchan. ¿Llamarás depravación á la sabiduría de la esposa que vela para que la familia no se arruine por sí misma? En cuestiones del corazón, lo mismo da un cálculo que mil. Pues bien, ese cálculo atroz lo hará usted un día, hermosa baronesa de Macumer, cuando sea usted la mujer feliz y altiva del hombre que la adora; ó, mejor dicho, ese hombre superior le ahorrará á usted el trabajo de hacerlo, porque lo hará él mismo. Ya ves, loquilla mía, que también he estudiado el código en sus relaciones con el amor conyugal. Ya sabrás que á nosotras mismas y á Dios debemos cuenta de los medios que empleamos para perpetuar la dicha en el seno de nuestras casas, y que vale más el cálculo que lo logra, que el amor irreflexivo que llena á éstas de duelo, ó que motiva las querellas ó la desunión. He estudiado cruelmente el papel de esposa y de madre de familia. Sí, ángel querido, nos vemos obligadas á decir sublimes mentiras para llegar á ser la noble criatura que debemos ser, si hemos de cumplir nuestros deberes. Táchame de falsedad, porque quiero hacer ver de día en día á Luis lo que yo valgo, y darme á conocer poco á poco; pero ¿no es el demasiado íntimo y mutuo conocimiento de los seres lo que causa las desuniones? En nombre de su propia dicha, quiero ocuparle mucho para distraerle mucho de mí, y este no es el cálculo de la pasión. Si la ternura es inagotable, el amor no lo es: por eso debe ser obra de la mujer honrada el saber distribuirlo sabiamente para toda la vida. A riesgo de parecer execrable, te diré que persisto en mis principios, considerándome muy grande y muy generosa. La virtud, nena mía, es un principio cuyas manifestaciones difieren según los medios: la virtud de Provenza, la de Constantinopla, la de Londres y la de París, tiene efectos completamente distintos, sin dejar de ser siempre virtud. Cada vida humana ofrece en su constitución las combinaciones más irregulares; pero, vistas

desde cierta altura, todas parecen iguales. Si yo quisiera ver á Luis desgraciado, y hacer nacer una separación de cuerpo, no tendría más que entregarme á su abandono. Yo no he tenido, como tú, la dicha de dar con un ser superior, pero acaso tenga el placer de hacer que lo sea, y te cito para dentro de cinco años en París. Tú misma te quedarás sorprendida y me dirás que me he engañado, y que el señor de la Estorade es ya notable de nacimiento. Respecto á esos hermosos amores, á esas emociones que sólo gracias á ti experimento; respecto á esas escenas nocturnas en el balcón, al resplandor de las estrellas; respecto á esas adoraciones excesivas y á esas divinizaciónes propias, yo supe de antemano que tenía que renunciar á ellas. El brillo de tu vida alcanza toda la extensión que tú deseas; el mío está circunscrito, tiene por recinto la Cram-pade: ¡y me reprochas las precauciones que exige una frágil, ignorada y pobre dicha para llegar á ser duradera, rica y misteriosa! Yo creía haber encontrado las gracias de una querida en mi estado de mujer, y casi me has hecho avergonzarme de mí misma. ¿Quién de nosotras dos tiene razón? ¿quién está equivocada? Acaso tengamos ambas razón y ambas estemos equivocadas, y acaso la sociedad nos venda caro nuestros encajes, nuestros títulos y nuestros hijos. Yo tengo mis camelias rojas, que están en mis labios y en las sonrisas que florecen para estos dos seres, el padre y el hijo, á quienes soy adicta, y de los que soy á la vez esclava y dueña. Pero, querida ¡tus últimas cartas me han hecho ver todo lo que he perdido! Tú me has hecho comprender toda la extensión de los sacrificios de la mujer casada. Apenas había dirigido mis ojos á esas hermosas estepas salvajes que tú recorres, cuando yo tuve que enjugar las lágrimas que caían de mis ojos, para seguir leyendo; pero el pesar no es el remordimiento, aunque ambos sean un tanto parientes. Ya me has dicho: «El matrimonio le hace á una filosofar». ¡Ay de mí! no; y bien lo he notado cuando lloraba al saber que te embriagabas en el torrente del amor. Únicamente que mi padre me hizo leer un libro de uno de los escritores más profundos de nuestra comarca, uno de los herederos de Bossuet, uno de esos crueles políticos cuyas páginas convencen. Mientras que tú leías *Corina*, yo leía á Bonald, y he ahí todo el secreto de mi filosofía: la familia santa y fuerte se me apareció. Según Bonald, tu padre tenía razón en su discurso. Adiós querida imaginación mía, amiga mía, adiós, tú, que eres mi locura.

Luisa de Chaulieu á la señora de la Estorade  
Año. 1800. MEXICO

Pues bien: confieso que es tu amor el propio de la mujer, Renato mía, y aun engañando se puede ser honrada: ¿estás contenta? Por otra parte, el hombre que nos ama nos pertenece; tenemos derecho á hacer de él un necio ó un hombre de genio; pero, entre nosotras, te diré que la mayor parte de las veces hacemos de él un necio. Tú harás del tuyo un hombre de genio y guardarás tu secreto: dos acciones magníficas. ¡Ah! si no hubiese cielo, estabas fresca, porque te entregabas á un martirio voluntario. ¡Quieres hacerle ambicioso y conservarle enamorado! ¡Qué niña eres! conténtate solamente con lo último. ¿Hasta qué punto es el cálculo virtud ó la virtud cálculo? ¿Eh? Como Bonald está ahí, es seguro que no nos enfadaremos por esta cuestión. Nosotras somos y queremos ser virtuosas; pero en este momento, creo yo que, á pesar de tus encantadoras bribonadas, vales más que yo. Sí, yo soy una muchacha atrozmente falsa: amo á Felipe, y se lo oculto con infame disimulo. Quisiera verle saltar del árbol al muro y del muro á mi balcón, y, haciendo lo que deseo, aun le castigaría con mi desprecio. Ya lo ves, mi buena fe es verdaderamente terrible. ¿Quién me detiene? ¿qué poder misterioso me impide decir á mi caro Felipe toda la dicha que derrama sobre mi corazón con su amor puro, grande, secreto, inmenso y abnegado? La señora de Mirbel está haciendo mi retrato y yo pienso regalárselo, querida mía. Lo que me sorprende cada vez más es la actividad que el amor da á la vida. ¡Qué interés toman las horas, las acciones, las cosas más insignificantes, y qué admirable confusión del porvenir y del pasado con el presente! Se vive en los tres tiempos del verbo. ¿Ocurre lo mismo cuando se ha sido ya feliz? ¡Oh! respóndeme, dime lo que es la dicha, y si calma ó si irrita. Estoy atrozmente inquieta y no sé cómo hacer. Hay en mi corazón una fuerza que me arrastra hacia él, á pesar de la razón y de las conveniencias. Al fin comprendo tu conducta con Luis. ¿Estás contenta? La dicha que Felipe tiene de ser mío, su amor á distancia y su obediencia, me impacientan tanto como me irritaba su profundo

respeto, cuando no era más que mi profesor de español. Muchas veces, cuando pasa, me dan tentaciones de gritarle: «¡Imbécil si me amas ahora, ¿qué sería si me conocieses?»

¡Oh! Renato, quemas mis cartas ¿verdad? Yo también quemaré las tuyas. Si otros ojos distintos de los nuestros leyese estos pensamientos comunicados de corazón á corazón, diría á Felipe que fuese á cegarlos y que matase á los que conociesen el secreto, para tener mayor seguridad de que no se pagaba.

Lunes.

¡Ah! Renato, ¿cómo sondear el corazón de un hombre? Mi padre tiene que presentarme á tu señor Bonald; y, puesto que es tan sabio, le rogaré que lo haga cuanto antes. ¡Qué feliz es Dios pudiendo leer en el fondo de los corazones! ¿Sigo siendo todavía un ángel para este hombre? He aquí toda la cuestión.

Si con un gesto, con una mirada, ó en el acento de una palabra, viese yo que había disminuído ese respeto que sentía por mí cuando era mi profesor de español, me creo capaz de olvidarlo todo.—¿Por qué esas grandes palabras, esas grandes resoluciones?—te dirás tú.—¡Ah! ya verás, querida mía. Mi encantador padre, que se porta conmigo como un viejo é hidalgo criado con una italiana, había dado el encargo á la señora de Mirbel, como te dije ya, de que hiciese mi retrato. Yo me las he arreglado de manera que obtuve una copia bastante exacta que entregué al duque, pudiendo así enviar el original á Felipe. Este envío tuvo lugar ayer, acompañado de estas tres líneas:

«Don Felipe: Se responde á su completa adhesión con una ciega confianza; el tiempo dirá si no es esto atribuir demasiada grandeza á un hombre.»

La recompensa es grande, parece una promesa, y ¡cosa horrible! parece también una invitación; pero lo que va á parecerme más horrible aún es que yo he querido que la recompensa expresase promesa é invitación sin llegar hasta la oferta. Si en su respuesta hay un: «Luisa mía», ó sencillamente un: «Luisa», ¡está perdido!

Martes.

No ¡no está perdido! Este ministro constitucional es un adorable amante. He aquí su carta:

«Todos los momentos que pasaba sin ver á usted, permanecía ocupado en usted misma, con los ojos cerrados á todo y unidos únicamente por medio de la meditación á su imagen, que no se dibujaba nunca con bastante claridad en el palacio obscuro donde se forjan los sueños y donde usted derrama la luz. En lo sucesivo, mi vista se fijará en este maravilloso marfil, en este talismán, pues para mí sus ojos azules parecen animarse, y la pintura se convierte en seguida en realidad. El retraso de esta carta proviene de mi afán por gozar de esta contemplación, durante la cual decía á usted todo lo que debo callar. Sí, desde ayer, encerrado á solas con usted, heme entregado, por primera vez en mi vida, á una dicha entera, completa, infinita. Si usted pudiese verse donde yo la he puesto, entre la Virgen y Dios, comprendería sin duda las angustias que he pasado esta noche; pero, al decirle á usted esto, no quisiera ofenderla, porque habría para mí tantos tormentos en una mirada desprovista de esa angelical bondad que me hace vivir, que le pido á usted perdón de antemano. ¡Reina de mi amor y de mi alma, si quisiera usted concederme una milésima del amor que yo le profesol...»

«El sí de esta constante plegaria me ha estragado el alma. Estaba entre la creencia y el amor, entre la vida y la muerte, entre las tinieblas y la luz. Un criminal no estaría más inquieto mientras decidían su sentencia que lo estoy yo, acusándome á usted de tal audacia. La sonrisa que mostraban sus labios, y que yo acababa de ver á intervalos, calmaba estas tormentas promovidas por el temor de desagradarle. Desde que existo, nadie, ni mi madre, me ha sonreído. La hermosa joven que me estaba destinada rechazó mi corazón y se enamoró de mi hermano. Mis esfuerzos, en política, fueron inútiles. Nunca he visto en los ojos de mi rey más que un deseo de venganza, y somos tan enemigos desde nuestra juventud, que considero como una cruel injuria el voto por el que las cortes me llevaron al poder. Por fuerte que hiciese usted á un alma, nunca dejaría de penetrar en ella la duda. Por otra parte, me hago justicia. conozco lo desagradable de mi exterior y sé cuán difícil es apreciar mi corazón á través de semejante envoltura.